

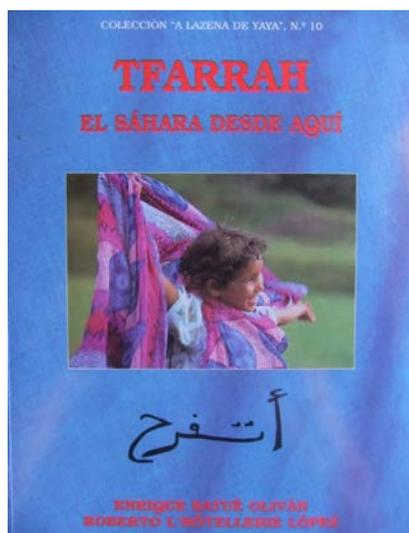
LAS ESCUELAS NÓMADAS

Enrique Satué Oliván-2018

Entre el año 1988 y el 2007 ejercí como voluntario la tarea directiva en el Museo Ángel Orensanz y Artes de Serrablo (Sabiñánigo, Huesca). Fue al comienzo de este periodo cuando el Movimiento por la Paz, el Desarme y la Libertad de Zaragoza nos pidió que enseñáramos el museo a los niños saharauis que llegaban en verano. Lo hicimos dos años y de allí surgió la idea de acoger una niña en mi familia. Se llamaba Tfarrah.

Aquel hecho desencadenó mi interés por el Sáhara, que ya contaba con el precedente de mi interés por la obra de don Julio Caro Baroja, *Estudios Saharianos*. Leí mucho y, sobre todo, entrevisté a muchas personas, nativas o no, del Sáhara, y a lo largo y ancho de toda España.

De aquella energía nacería la voluntad de hacer un trabajo etnológico y publicar un libro generador de beneficios para un proyecto solidario en los campamentos de refugiados saharauis de Tindouf (Argelia). El libro *Tfarrah, el Sáhara desde aquí*, aparecería en 1999 y el 7 de junio del mismo año, la presidenta del MPDL, Francisca Sauquillo agradecía al museo la aportación de un millón de pesetas.



Desde aquel momento mi interés por el Sáhara en general y su cultura, en particular, no cesó y fue entonces cuando nació el proyecto de realizar una aproximación a la historia de la educación en el antigua provincia española, a través de una búsqueda de fuentes e informantes que, de modo discontinuo, culminaría en 2016 con la aparición de la primera edición de *Tiza y arena, un viaje por las escuelas del Sáhara español*, que, como la segunda, correrían a cargo de la Diputación Provincial de Huesca.

Actividad que supondrían numerosas presentaciones por Aragón y resto de España, con una conferencia especial en la Sede Universitaria Ciudad de Alicante, el día 23 de mayo de 2017, que tendría mucho que ver con este artículo ya que a dicho acto asistiría

entre el público Braulio Cuenca Amoragas, dinamizador de las Escuelas Nómadas, quien me invitó gentilmente a entrevistarle para ampliar y mejorar los datos que facilitaba en *Tiza y arena* sobre dichas escuelas. Hecho que realicé dos meses más tarde, envuelto en una gentil hospitalidad.

Enmarcación histórica

La historia de la educación reglada en la “provincia 53” es breve pero intensa, como se puede apreciar en la huella dejada tanto en instituciones como personas (maestros y profesores, como familias y alumnado).

Por efectos culturales y, seguramente, por la dedicación de la mayoría de los docentes, los saharauis recuerdan con mucho afecto a sus antiguos maestros y, en muchos caso, están en contacto con ellos.

En 1958, la guerra de Ifni y el auge del independentismo africano acarrearían la “provincialización” del territorio español del Sáhara, la creación de estructuras administrativas y el incremento de inversiones. Hecho que aún se vería más reforzado con el comienzo de la explotación de los fosfatos de Fos Bucraa, por el INI, en 1968.

Por todo ello, la historia educativa del Sáhara español, propiamente dicha, podemos decir que duró 15 años, desde 1960 hasta la Marcha Verde, en 1975, aunque durase de modo residual, adaptada al nuevo marco político, hasta 1983, a través de la Misión Cultural Española y, más tarde, por medio de la acción educativa exterior, hasta la actualidad.



Izquierda: La provincia española del Sáhara, en un atlas escolar de la editorial Aguilar. Derecha: Patrulla de Tropas Nómadas, al comienzo de los 70, en los alrededores de Fos Bucraa.

Los maestros

Buena parte de maestros que llegaban al Sáhara poseían vínculos familiares en el territorio, y otros eran atraídos por el espíritu aventurero o por las ventajas económicas.

Si en el curso 66-67 había 64 maestros, en 1975 se había alcanzado la cifra de 104 (44 mujeres y 60 hombres), además de una treintena de maestros nativos que enseñaban en las escuelas la modalidad de lengua árabe (hasania) y la religión coránica.

Dichos maestros eran muy jóvenes y, generalmente solteros. Habían accedido a los estudios de Magisterio a través de cuarto de bachiller o sexto, en el caso del Plan 67. Y llegaban al territorio a través de un concurso público convocado la Dirección General de Provincias y Plazas africanas, dependiente del Ministerio de Presidencia del Gobierno.

Los recién llegados serían enviados a los dificultosos destinos del interior (a los llamados “puestos”) y las mujeres siempre obtendrían destino en las dos “grandes” poblaciones costeras: Aaiún y Villa Cisneros, salvo algún caso en Smara o algún “matrimonio pedagógico” en poblaciones como La Güera.



Teresa Tejero, maestra en el Aaiún, hacia 1965, y niño

Todos los docentes con los que me he entrevistado a lo largo de estos años guardan un recuerdo entrañable del Sáhara, sus compañeros y alumnado. Muchas veces me he preguntado por qué no han escrito acerca de sus experiencias y, seguramente, la razón esté en la complejidad política del asunto y por el sentimiento de frustración que lleva parejo. De cualquier modo, aunque fueron muchos y muchas, las que vivieron con pasión su tarea, hay dos personas carismáticas que merece la pena reseñar, uno es el fallecido Carmelo Moya Maestu, responsable, entre otras cosas, del colegio menor del Aaiún, y otro Braulio Cuenca, del que me ocupó en este artículo.

Las escuelas del interior

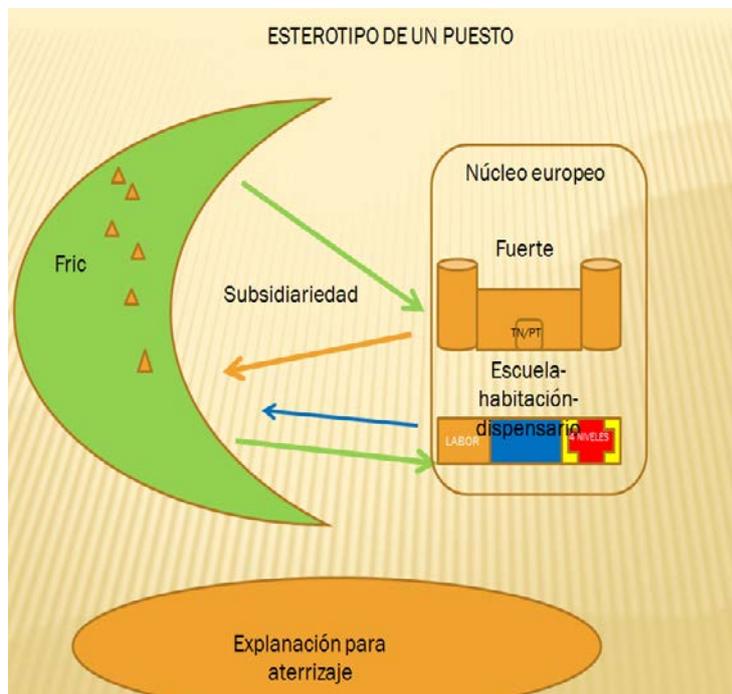
En el Sáhara había dos realidades educativas, por un lado la costera, la de las dos poblaciones grandes, donde la educación se impartía en colegios graduados y con los

mismos parámetros que en el resto de España y, por otro, en el interior, donde la enseñanza poseía una intención más asistencial que curricular. A medida que avanzaba la “provincialización”, la aculturación y el éxodo hacia la periferia del Aaiún y Villa Cisneros también se incrementó, para crear, como consecuencia, escuelas prefabricadas y, más tarde, nuevos colegios.

En los dos casos la educación era intercultural, con presencia para el alumnado nativo de maestro de lengua árabe y religión islámica. Si en las dos ciudades ejercía el profesorado veterano y las maestras, dándose poco absentismo entre el alumnado, en el interior, lo hacían maestros recién llegados al territorio, que recibían la consigna de respetar al máximo las tradiciones de los nativos, y de ejercer una labor fundamentalmente asistencial vinculada a una labor instrumental y práctica, siendo aquí el absentismo importante, sobre todo, por razones culturales, entre las niñas.

El alumnado sobresaliente, siempre que la familia lo permitiese, era enviado al colegio menor adjunto al instituto de bachiller General Alonso o a su sección de Villa Cisneros.

Estas escuelas del interior conformaban el esquema organizativo de los “puestos”, constituido por tres elementos que se retroalimentaban: un fuerte militar, una escuela con vivienda para el maestro y espacio para un consultorio médico, y un *fric* o conjuntos de jaimas, que recibían la ayuda asistencial periódica de España y acogían en muchos casos a los soldados nativos del fuerte (Tropas Nómadas).



A comienzos de los sesenta, con la llegada de Ramón Estalella y Manso de Zúñiga como jefe del Servicio de arquitectura, las escuelas saldrían de los fuertes y serían construidas a través de módulos con un buen sentido funcional.

Dichas escuelas conformaban auténticas pequeñas empresas que daban trabajo a nativos en el servicio de comedor. Su presupuesto dependía del Jefe de puesto, siempre un militar, al que estaba subordinado el maestro.

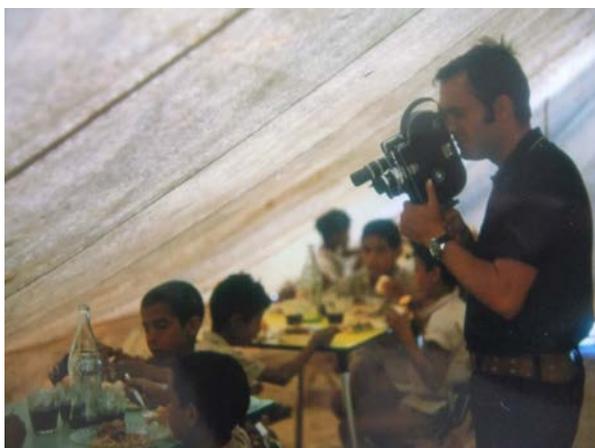
Una variante de las escuelas del interior serían las escuelas nómadas, creadas para la población itinerante, por razones ganaderas o de construcción de obras públicas.

Nacimiento de las escuelas nómadas

Las Escuelas Nómadas nacen en plena consolidación de la “provincialización” del territorio y para atender a peticiones de *chejs* o notables saharuis, integrados en el gobierno de la provincia, especialmente Seila Uld Abeida Uld Ahmed, procurador en cortes desde 1965 y presidente del Cabildo Provincial del Sáhara.

Al comienzo nacieron con el nombre de “Escuelas Volantes” pero no cuajaron, y es a raíz del interés que sintió el embajador de Libia por ellas, que el nuevo gobernador general del Sáhara, José María Pérez de Lerma, se empeñó en su puesta en marcha efectiva, encomendándole la tarea en el curso 1966-67 a un maestro recién llegado al territorio, con cualificación demostrada y experto en enseñanza al aire libre desde su magisterio en la Península: Braulio Cuenca Amoragas.

Aunque finalmente no realizó la visita el embajador libio, sí que fueron puestas en marcha las escuelas nómadas y publicitadas por TVE en Canarias y otros medios como *La Gaceta ilustrada*.



Curso 67-68, TVE en Canarias realiza un reportaje sobre la Escuela Nómada nº 1

Braulio Cuenca Amoragas

Hasta el 2017 no había conocido personalmente a Braulio. Con anterioridad, cuando realizaba el libro *Tfarrah, el Sáhara desde aquí*, mantuve dos breves contactos telefónicos y, por aquel tiempo, leí un dolido artículo suyo publicado en el periódico *Ya* el 13 de septiembre de 1988 con el título «Desinterés por la cultura española: el Sáhara».

Braulio Cuenca había nacido en 1931 en Chinchilla (Albacete), comenzó la carrera de Ciencias Políticas y, finalmente, se decantó por la de Magisterio, para obtener el título en 1958. A comienzos de los 60 ejerció cinco años en varias localidades de la Provincia de Albacete y Jaén, en escuelas de provisión normal y del Patronato escolar de la Hermandad Sindical de labradores y ganaderos, momento en el que lo vemos aparecer en el número 4 de la Revista de Extensión Agraria, recibiendo junto a otros compañeros los Premios Agrícolas «San Isidro» del año 1966.



Izquierda: Braulio Cuenca, en 2018, recuerda en su casa de Alicante. Derecha: carnet de Braulio, como miembro investigador de la Comisión Hispano-saharaui de Estudios Históricos y culturales (segunda mitad de los 70)

Es una época en la se forma como especialista en aire libre a través de la Organización Juvenil Española.

Su espíritu inquieto le llevaría aquel mismo curso a solicitar destino en el Sáhara y, en octubre a ser designado por su trayectoria para dinamizar las “escuelas volantes” que él bautizaría con el sobrenombre de “nómadas”. Labor que ejercería hasta 1973, en que estas fueron clausuradas debido a la inestabilidad producida por el recién nacido Polisario. Desempeño eficaz que le llevaría a sustituir a Carmelo Moya Maestu, tras su traslado a Logroño, como responsable de la compleja labor directiva del colegio menor del Aaiún.

Tras la Marcha Verde, el último gobernador general del Sáhara, Luis Rodríguez de Viguri, le encomendó la compleja labor de crear, junto a nueve maestros que él propusiese entre los cesados en 1975, la Misión Cultural Española, cargo en el que permaneció hasta 1981, en que solicitó traslado a Alicante.

Durante su estancia en el territorio compaginó el magisterio con la organización de campamentos de la OJE en Tenerife o en Mazagón (Huelva) para los escolares saharauis, canarios y peninsulares. Además, recibió numerosos reconocimientos entre los que destaca, en 1976, el nombramiento como Caballero de la Orden de África, junto a varias medallas, cruces y placas del Instituto de Cultura Saharaui, del Ejército y del Frente de Juventudes, además de recibir el Premio Ejército, en su vertiente escolar, en tres ocasiones.



Danzas populares saharauis en el campamento de la OJE de Santa María de Guía (Gran Canaria). Julio de 1970, dirigido por Braulio Cuenca. Escudo que portaban los miembros de la OJE, procedentes de la provincia del Sáhara.

Otros maestros de las Escuelas Nómadas

Para redactar este capítulo se ha contado fundamentalmente con los testimonios del propio Braulio Cuenca, de Manuel Vela, que durante el curso 1967-1968 se ocupó de una escuela nómada en la zona de Amgala, y de Cayo Hernández, que en el mismo periodo inauguró la número 4, situada en el viejo *uad* de Tenuaca, no lejos de Bir Nazarán, con cuyo permiso cuento para enriquecer el artículo a través de fragmentos de su pequeño relato *Un año en el desierto*.

Entre los maestros que dirigieron estas escuelas, las fuentes nombran también de modo especial a Teófilo Hernández Sánchez (+ 2010), maestro que luego sería inspector de enseñanza en Madrid Sur y profesor de Geografía en Escuelas Universitarias de Formación del Profesorado, al que los compañeros, de modo entrañable, recuerdan como *Trófico*, evocando la dificultad que el alumnado saharauí tenía para reproducir su nombre.

Otros maestros de estas escuelas fueron Lorenzo González Álvarez, Arturo Berrozpe Jiménez y Juan Ronda Llidó.

Número, distribución y función

La primera escuela se fundó en el curso 66-67 en Lamsid, al NE de Cabo Bojador, junto a la pista que se construía al Aaiún. Con el nombre de Escuela Nómada nº 1 se adjudicaría a Braulio Cuenca, para atender a los hijos de los obreros que trabajaban en aquella. Eran saharauis pertenecientes a la tribu subsidiaria Izarguien. Más tarde, con la misma escuela, en el curso 67-68, se dirigiría hacia una *sebja* o cubeta salitrosa próxima a los Imiriclis. A continuación, en el curso 68-69, hacia una ladera de *uad* Saguia el Hamra, en la carretera del Aaiún a Smara. Después, desde el 68 al 70, en la zona de Guelta Zemur, en la frontera con Mauritania, para, desde allí, transformada en Escuela Nómada nº 2, hasta 1973, situarse con la que sería la última escuela nómada, en Amgala.

Si en el curso 66-67 se crearon dos, su buen funcionamiento haría que al curso siguiente se crearan dos más.

La función otorgada a las Escuelas Nómadas era la de seguir a la población itinerante o nómada y que, por lo tanto, no podían escolarizar sus hijos en la escuela estática de un “puesto”. Deambular que se refería a las gentes que trashumaban con sus camellos, cabras u ovejas o, bien, a los obreros que se movían a la par que avanzaba una pista o carretera. Sin embargo, en el primer caso, lo más frecuente era que las escuelas nómadas y el fric de tiendas se fijase en un lugar donde hubiese pozos para que, desde allí, fuesen los varones adultos y los ganados quienes trashumasen en busca de las lluvias (a los saharuis se les denominaba “hijos de las nubes”).



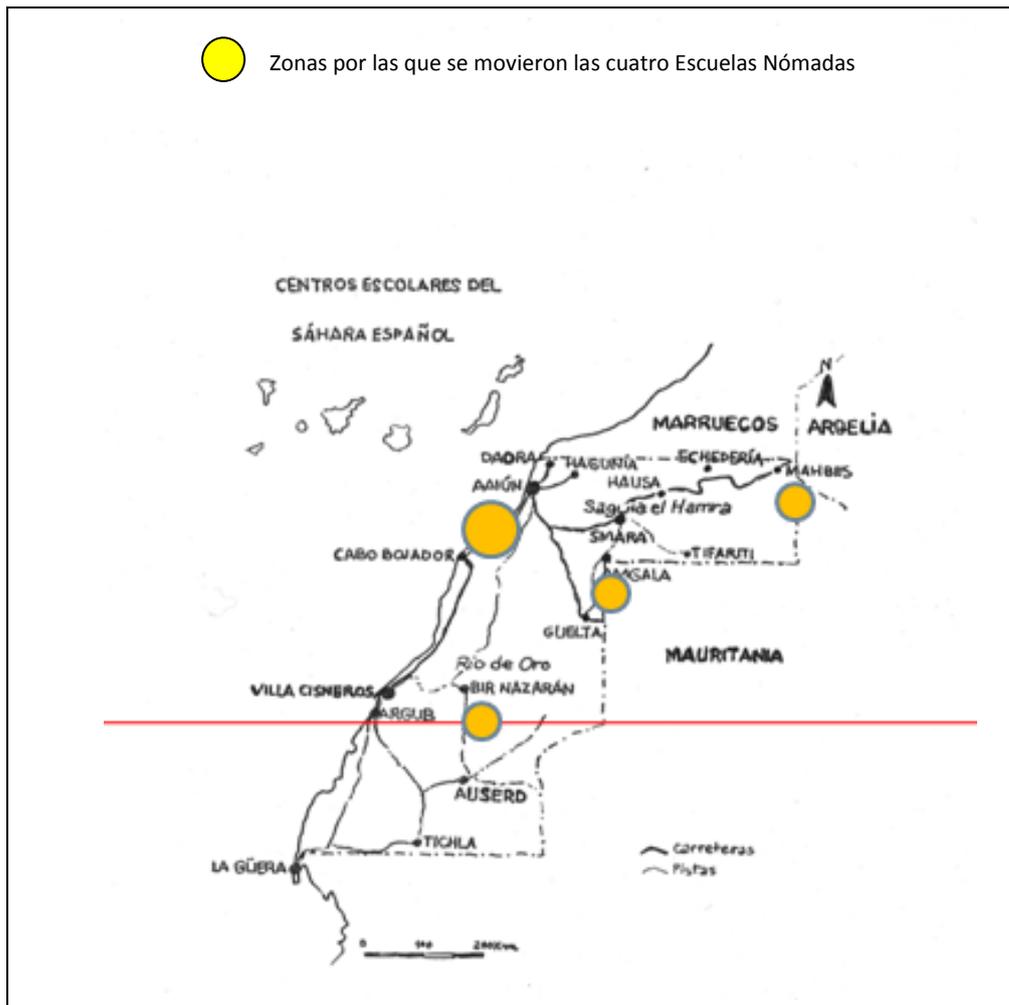
Derecha: “PLENO CORTES ESPAÑOLAS-FUNCIONARIOS IFNI Y SAHARA: Madrid, 22-7-1967. El presidente del Cabildo Provincial del Sahara, Seila Uld Abeida Uld Si Ahmed, defiende el dictamen sobre el ordenamiento de la función pública en las provincias de Ifni y Sahara. Su discurso fue pronunciado en árabe por lo que contó con la asistencia de un traductor (i). EFE/Alonso/jt”

Izquierda: Curso 1967-68, escuela nómada nº 4, en Tenuuca. Maestro Cayo Hernández y, con gorra marinera, Hamudi, hijo del procurador en cortes Seila.

La escuela nómada, nº 4, situada en plana línea del Trópico de Cancer fue promovida, para su clan, por el chej Seila Uld Abeida Uld Si Ahmed, procurador en cortes por la administración local entre 1965 y 1976, ganadero erguibat, que poseía su base de desplazamiento trashumante en Tenuuaca, en el curso fosilizado de un viejo *uad* o río. El hecho demuestra el interés educativo que poseía un notable integrado en la política y la cultura de la “metrópoli”.

En 1970, el maestro Lorenzo González, sustituto de Teófilo Hernández en la Escuela Nómada nº 4 decía de aquel procurador:

Yo estuve en la Escuela Nómada número 4, en el sur. Estuvo algún tiempo situada en la *sebja* de Tenuuaca. Después se desplazó hasta la frontera con Mauritania. Todo dependía de la lluvia. Mi escuela estaba en el *frig* de aquel parlamentario de las cortes franquistas llamado Seila uld Abeida uld Sidi Ahmed. Era un tipo alto, delgado, seco, de pelo blanco, de cara y facciones amables, de maneras suaves y de hablar cortés y quedo. Solía ir por la Escuela Nómada y allí lo conocí.

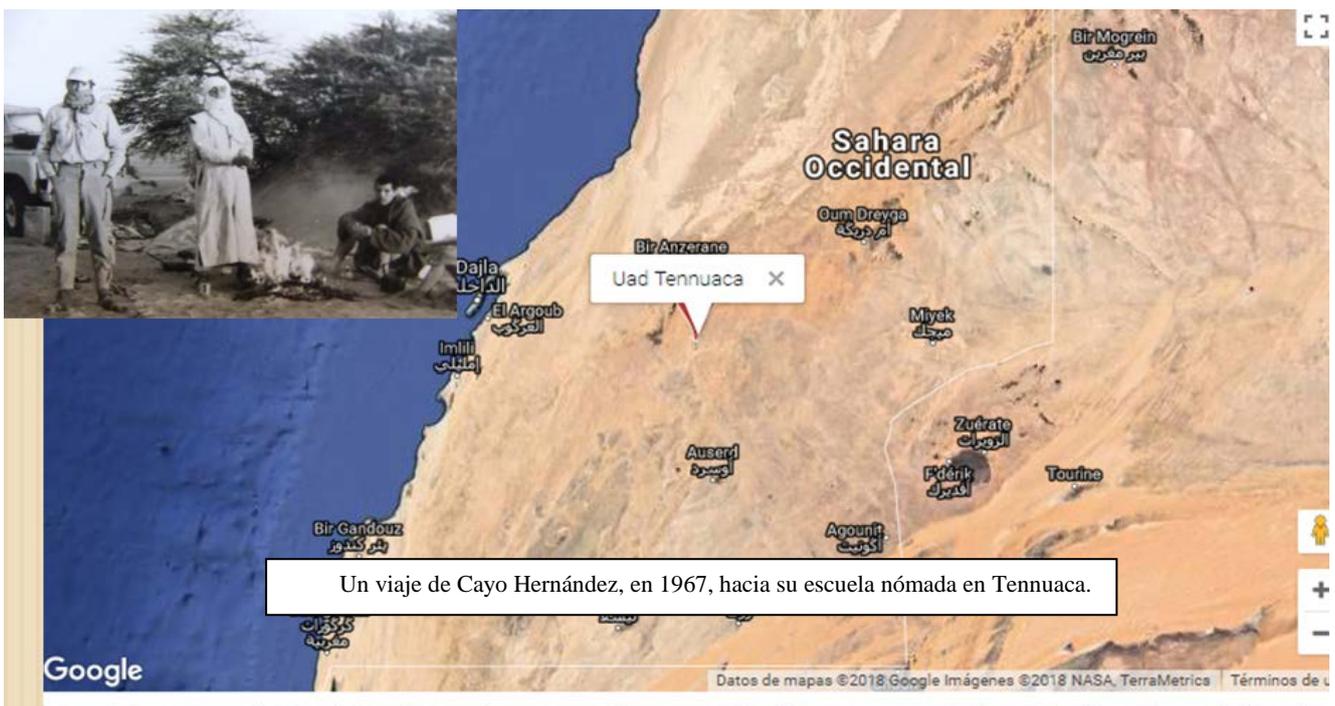


Hacia el destino...

Como se ha dicho, fue en el curso 1967-1968 cuando el número de escuelas llegó a cuatro. Así, el 1 de noviembre de 1967 partiría desde El Aaiún un convoy con tres *Land Rover* y un tráiler *Magirus* con plataforma para llevar las caravanas, el material y el mobiliario. Fueron mil los kilómetros recorridos hasta llegar al último emplazamiento, en Tenuuaca, un viaje que Cayo Hernández califica de inolvidable:

El viaje duró una semana. Se realiza campo a través cruzando montañas, ríos de arena, llanuras inmensas, etcétera. Es muy largo y monótono: son más de mil kilómetros que recorreremos en una semana. No hay carretera ni camino: solo una inmensa llanura interrumpida en pocas ocasiones por un gran río de arena o una montaña de poca altura. Comemos en la arena a la sombra del camión y dormimos bajo las estrellas.

A pesar de la monotonía, el viaje, quizá por la novedad, me resulta agradable, y el paisaje, grandioso. Una inmensa llanura desierta y diez personas como únicos seres vivos. No hay animales ni plantas, ni siquiera hierba o matorrales, absolutamente nada: un cielo completamente azul y una llanura desnuda sin fin. De vez en cuando, la osamenta blanca de un camello, que desde la lejanía, debido a la refracción de los rayos luminosos, parece como una gran ciudad de edificios y murallas blancas que, poco a poco, a medida que nos acercamos, parece diluirse en el aire disminuyendo su tamaño hasta parecer como un gran castillo, más tarde como una casita blanca y, por fin, la ilusión hecha realidad: unos huesos calcinados.



La primera parada la hicieron en los alrededores de Cabo Bojador, donde Braulio Cuenca, de la Escuel Nómada nº 1, les aleccionó sobre el montaje y la organización del campamento. Prosiguieron hacia el istmo de la península de Villa Cisneros, donde dejaron la escuela nómada que iba a llevar Teófilo Hernández; pasaron por el puesto de Auserd, en el que se iba a quedar el maestro César Rello, y finalmente llegaron a Tenuaca, cerca del puesto de Bir Nazarán, donde Cayo Hernández iba a iniciar la andadura de la escuela número 4.

Elementos humanos

Una escuela nómada estaba compuesta por un maestro, un cocinero, un pinche y un chófer. Además existía un maestro de Lengua Árabe y Religión Coránica designado entre las personas con mayor ascendencia religiosa del *fric*. El cocinero de la escuela número 4, a la que fue destinado Cayo Hernández en 1967, se llamaba Abadlá, y al conductor se le recuerda por su nombre completo, Mohamed Uld Sidi Uld Sidahmed. Ambos estaban casados en El Aaiún.

Elementos materiales



La Escuela Nómada nº 1 en la zona de Güelta Zemur, curso 68-69

Respecto a los elementos materiales, las escuelas contaban con un *Land Rover* del Gobierno General de la Provincia de Sáhara, en particular del Servicio de Enseñanza — el de la escuela número 4, poseía la matrícula GSH-361—, dos tiendas de lona blanca con doble techo —una grande que servía de aula y de comedor y otra más pequeña en la que se cocinaba con butano y dormía el personal auxiliar— y un carromato o caravana donde dormía el maestro. Se disponía además de pizarras con trípode, así como de mesas y sillas plegables. El menaje de la cocina era de la, entonces, famosa marca *Duralex* y las mesas del comedor de formica.

Cuando llegaban las vacaciones de verano, todo el material de las Escuelas Nómadas eran guardados en el puesto más próximo: la n° 4 en el de Bir Nazarán, la 1 en Cabo Bojador, etc.



Detalle de la Escuela Nómada n° 4, en el uad de Tenuaca, curso

Estas escuelas tenían un presupuesto inicial que siempre resultaba holgado porque a lo largo del curso algunos escolares abandonaban la zona de la escuela. No utilizaban dinero en metálico, pues todo lo que adquirían en los economatos militares de los puestos era anotado en esos establecimientos. Tan solo si era necesario para comprar carne de camello o de cabra, el jefe gubernativo del puesto que tenían como referencia les facilitaba el dinero.

El material pedagógico era escaso y dependía de la iniciativa y la creatividad del maestro. Como la enseñanza debía ser funcional y asistencial, algunos maestros utilizaban como base *El Parvulito* de la editorial Álvarez.



Dos instantes didácticos en la Escuela Nómada n° 2. A la derecha, con la impresora manual: Selami Bucharaya, de la EN n° 2 (Amgala), que se fue al Polisario

Braulio Cuenca hizo auténticos alardes al introducir el uso del ábaco, la iconografía adhesiva para la pizarra (como las señales de tráfico, que tanto motivaban a los alumnos), medios audiovisuales, como el magnetófono y la cámara cinematográfica Super 8 para grabar el folklore tradicional que danzaban los alumnos, y, sobre todo, el uso de una imprentilla que con cliché, tinta, rodillo, y lámina de seda, servía para imprimir la revista escolar de las escuela nómada números 1 y 2, *Campo*.

Relación con el entorno

La vida cotidiana en la Escuela Nómada, nº 4, según Cayo Hernández, aunque transcurría de modo monótono, de vez en cuando deparaba sorpresas. Así, el viento siroco jugaba malas pasadas y podía destrozar las tiendas:

El siroco es un viento huracanado que arrastra gran cantidad de arena. Tuve ocasión de sufrir sus efectos cuatro veces en todo el curso. La primera fue pocos días antes de las vacaciones de Navidad. Primero aparece a lo lejos en el horizonte una nube muy oscura que va acercándose lentamente. Recogemos todo lo que hay dentro de la escuela, mientras empieza a soplar un viento cada vez más violento. La gente se refugia en sus jaimas y yo en la *roulotte*, dentro de la cual todo es confortable, pero empieza a moverse y parece que el viento la va a volcar. Fuera, el constante azotar de los granitos de arena contra los cristales, una especie de niebla oscura, el rugir del viento y ruidos de lonas rasgadas y arrancadas de su sitio. Esta situación se prolongó durante tres días enteros.

Cuando pasó el temporal y salí del carromato vi que la tienda grande que servía de aula había desaparecido arrancada por el viento, que la arrastró a considerable distancia y la había rasgado de arriba abajo por varios sitios.

Otro tipo de siroco mucho más frecuente consiste en una neblina de arena con algo de viento, y desde el mes de abril se dio muchos días al atardecer.

Al anochecer el maestro apenas conseguía entrar en la caravana por el calor acumulado durante el día y, en cambio, al amanecer se tenía que resguardar con una o dos mantas.

Las relaciones humanas no eran sencillas, pues, al fin y al cabo, la dotación de una escuela equivalía a la de una pequeña empresa. Como me contaba Braulio Cuenca, la soledad del maestro era enorme porque, a su decir, «eras tú todo».



Jaimas del *fric* de Tenuaca, Escuela Nómada nº 4, curso 67-68

El maestro de escuelas nómadas no necesitaba llevar dinero en el bolsillo. Todo lo que necesitaba se anotaba en el puesto próximo, y su nómina era ingresada por los habilitados de El Aaiún o Villa Cisneros en una cartilla abierta en la Caja Postal.

Todo aquel ambiente se correspondía con una burbuja que se refleja muy bien en el ritmo y el contenido del lacónico manuscrito que Cayo Hernández escribió, desde la escuela nómada número 4, la de Tenuaca, en 1967:

Escuela, cocina, coche y donde duermo, leo y juego yo solo a la baraja...

Al fondo, unas *taljas*. El Sáhara sí tiene árboles, aunque no sean muchos...

La conexión con el mundo exterior llegaba por la noche con las ondas, con el lejano eco de Radio Nacional, que transmitía desde Canarias. De este modo, y gracias a la correspondencia de los familiares que traía la estafeta aérea cada sábado a Bir Nazarán y a las visitas al puesto más próximo y a las jaimas del *fric* para tomar té y escuchar la *jabara*, el día a día se hacía más llevadero. Ello sin contar con las anécdotas imprevisibles que salpicaban la vida cotidiana de una escuela nómada, de las que los entrevistados facilitan en las conversaciones una buena muestra.

Así, de su estancia en los alrededores del pozo de Amgala durante el curso 1967-1968 Manuel Vela recuerda que tenían que cruzar la frontera con Mauritania para hacerse con leña de *talja*, que en el *fric* había una mujer loca a la que todos los días ponía una inyección siguiendo los consejos del médico del puesto próximo, que los nativos tenían una enorme fe en la aspirina y, sobre todo, las agradables cenas a las que era invitado por el *chej* del *fric*, con mantel y servilleta, pues su joven esposa había sido educada en la escuela hogar de la Sección Femenina de El Aaiún. Por su parte, Cayo Hernández se acuerda de las constantes invitaciones del *chej* Seila para tomar té y

comer ricos pinchos morunos con una película de sebo que llamaban *chilaba*, del olor del incienso hospitalario y la colonia que se vertía para honrar al recién llegado en medio de bendiciones («Bismillah»...) y acción de gracias («Hamdulillah»...) y, por supuesto, de las bodas y los rituales asociados con ellas. También recuerda, literalmente, cómo Hamudi, el hijo del procurador Seila, le decía que su padre había regresado de sus ocupaciones en El Aaiún y le invitaba a tomar té: «Mestro, estodigo Seila para mí, estodigo ana para ti, vengo al reima al sorbo del tei» (que no era otra cosa que ‘Maestro, que me ha dicho Seila que te diga que vengas a tomar el té’).

Una relación intensa con el entorno es la que desarrolló Braulio Cuenca, hasta 1973, en la última escuela nómada, la nº 2, la de Amgala. No en vano, la patrulla del Tercio de la Legión denominada Zamora, mandada por un comandante, señala en su diario de operaciones a comienzos de agosto de 1971:

Este paso, junto con el *Jang Ramla*, son difíciles de cruzar por existir muchos uadís de arena siendo necesario conocer el lugar más adecuado para los vehículos. Una vez atravesados los dos desfiladeros anteriores, nos encontramos en la zona de *Amgala*, en la que existen aproximadamente 60 pozos, según información obtenida de los nativos, y a esta zona es donde van a parar las manadas de camellos para la *aguada*. Durante nuestra marcha, pues, nos cruzamos con grandes manadas de camellos, unas que iban y otras que regresaban de la *aguada*.

Alrededor del puesto de la Policía Territorial y apoyado en sus pozos, se había formado un *fric* en el que vivían un determinado número de familias pertenecientes casi en su totalidad a la *tribu Erguibat*. Las jaimas habían sido sustituidas por elementos prefabricados, estableciéndose así un auténtico poblado. El único europeo que vivía en *Amgala* es el *maestro de escuela* Don Braulio Cuenca Moraga, que, además de alfabetizar a los niños del poblado, había enseñado a los saharauis allí residentes a cultivar la tierra. Los pequeños, con su mentor al frente, hacían frecuentes recorridos por toda la zona, en unos periplos de enseñanzas prácticas que comprendían desde el estudio de fósiles y grabados prehistóricos, hasta cómo vivían las fuerzas militares del territorio

Efectivamente, Braulio Cuenca, en el territorio hostil de Amgala mantuvo un permanente diálogo con el entorno físico y humano.

Los alrededores de Amgala constituían un territorio montañoso, fragmentado por múltiples barranqueras y pedregoso. El puesto poseía una población fija que vivía en barracones y los pozos atraían una población nómada, flotante, que venía a abreviar sus camellos (la célebre *aguada*). Toda la población pertenecía a la tribu Erguibat y Braulio estableció con el alcalde Hamudi Nayen una relación muy cordial que, en 1996 le llevaría a visitarlo en los campamentos de Tindouf (Argelia).

En el año 73, a punto de clausurar la escuela, la inestabilidad provocada por el recién nacido Polisario hacía que las patrullas de la Legión, para evitar un secuestro, se llevase por la noche el maestro a su campamento base.

En la pedagogía de Braulio, asociada al aprovechamiento del entorno, caben destacar cuatro facetas: la agrícola, la iniciación arqueológica y geológica, la faunística y la folklórica.



Huertos de la Escuela Nómada nº 2 en Amgala

Como prolongación de la labor agraria que hacía con sus alumnos en la península, enseñó a los alumnos de Amgala a cultivar huertos en los que, tras muchos experimentos, cosechaba, fundamentalmente, sandías.

Respecto al patrimonio arqueológico, salía con sus alumnos a localizar flechas, hachas y grabados que, en la zona, eran muy abundantes según estudió en la época el profesor Martín Almagro Basch. Por ello, el diario *La Realidad* del Aaiún llegó a titular: “Piedras rupestres con grabados de pastoreo, halladas por el maestro señor Cuenca y sus alumnos en la zona de Amgala. Pudieran ser la base de un museo etnográfico del territorio”.



Jirafa grabada en una pizarra de la zona de Amgala y flechas recogidas por los alumnos de Braulio en la Escuela Nómada nº 2.

En lo que concierne a la fauna, rescató gacelillas a las que los cazadores les habían matado la madre y las alimentó y cuidó con sus alumnos hasta que, en 1973, se las entregó al capitán Estalallo, de Smara, quien, a su vez, en 1975, las entregó al doctor José Antonio Valverde que, por entonces, estaba empeñado en crear en Almería el Parque de Rescate de la Fauna Subsahariana.

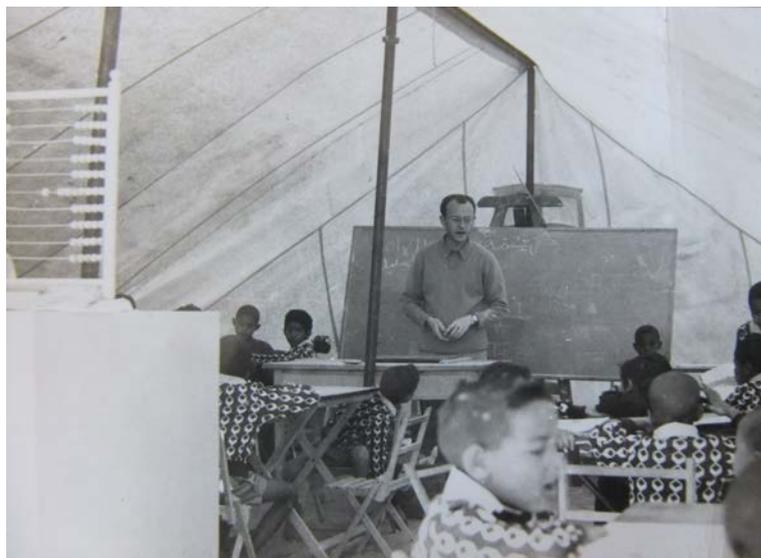
Finalmente, respecto al folklore saharauí, recogió danzas que sus alumnos mostraban tanto en fiestas escolares como en los campamentos de la OJE.

Como reflejo de la gran impronta que Braulio dejó entre sus alumnos de las Escuelas Nómadas, he podido leer un precioso poema de la niña de Amgala, Naha Alien Ahamedu, dedicado a lo que suponía la marcha del querido maestro para la población de Amgala.



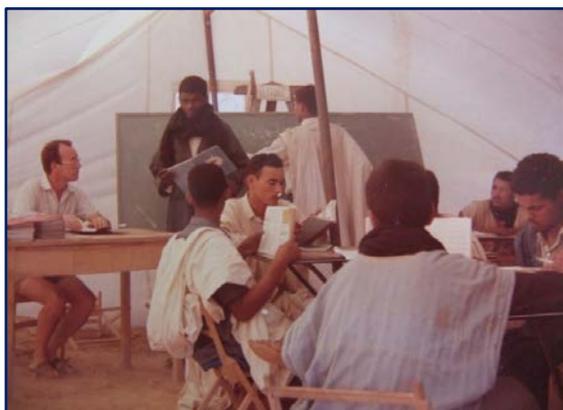
Izquierda: Braulio Cuenca confraternizando en una *jaima*. Derecha: uno entre los múltiples regalos que recibía Braulio de las gentes a las que ayudaba: colgante de collar con la forma de la Cruz del Sur

La labor que realizaba un maestro en las escuelas nómadas era poliédrica, pues a la labor pedagógica que algunos, como Braulio Cuenca, ampliaban a los adultos, había que añadir la de regentar y organizar el comedor, auxiliar con el botiquín de mano, y ayudar a la población a cumplimentar la burocracia asociada al ayuda social que recibían del Gobierno. Por ello, a Braulio Cuenca, sus alumnos adultos lo denominaban, por su generosidad, “Meslem unas” (Musulmán y medio).



Braulio Cuenca en su Escuela Nómada nº 1. A la derecha, en primer plano, el ábaco que tanto utilizaba

La misión pedagógica de las escuelas consistía en dar clase a la población infantil de los grupos nómadas mientras se desplazaban por el territorio en busca de pastos. Estos grupos no siempre estaban en movimiento: lo normal era que se estableciesen en un punto cercano a un pozo y que fuese una parte del campamento o *fric* el que se trasladase con las ovejas, las cabras y los camellos. Esto sucedió, por ejemplo, en Tenuaca, donde el *chej* Seila Uld Abeida Uld Sid Ahmed, conocedor de que al norte, en Mahbes, había llovido durante el mes de abril, ordenó que marchase hacia allí el ganado con una buena parte de los hombres, mientras que junto a la escuela se quedaron las mujeres, los niños y los mayores.



Braulio Cuenca en su clase de adultos y comedor escolar de la Escuela Nómada nº 1

El sesgo de la labor pedagógica dependía del maestro. El caso de Braulio Cuenca era ejemplar pues a la didáctica normalizada que marcaba el Servicio de Educación añadía una perfecta inculturación a través del desarrollo de las danzas y la tradición oral saharauí.



Danzas populares saharauis en la Escuela Nómada nº 1, tuteladas por el maestro Braulio Cuenca Amoraga. Curso 1967-68

A este respecto interesa la experiencia de Cayo Hernández, en la Escuela Nómada n° 4, donde, en el curso 1967-68, entre otros alumnos, daba clases a Hamudi, un hijo del promotor de la escuela: el procurador Seila Abeila.

Cayo Hernández Orden comenzó las clases en esa escuela el día 9 de noviembre de 1967 con una matrícula de treinta y cinco alumnos y alumnas entre los seis y los quince años que el éxodo en busca de agua redujo a menos de la mitad a final de curso. Entre el alumnado había un niño negro comprado en Mauritania, un *pariente pobre* que solo hablaba francés y hassanía, y Mohamed Liman, el alumno más mayor, acudía a clase con otro *pariente pobre* que él decía que era *su moreno*, relación que este último tenía muy asumida.

Para el maestro la principal dificultad pedagógica era el idioma, pues casi ningún alumno conocía el español. Además, el texto básico que se utilizaba era *El parvulito* de la *Enciclopedia Álvarez*, herramienta incomprensible para aquellos niños, pues los conceptos y las imágenes que empleaba nada tenían que ver con aquel entorno. Por otro lado, costaba mucho esfuerzo adaptar la higiene y los modos culturales al nuevo contexto escolar. Los más pequeños acudían semidesnudos y solo los mayores vestían túnica o *derrah*.

Tras el tiempo necesario para montar las tiendas, traer víveres, agua y demás, el día nueve de noviembre comienza mi labor como maestro, labor bastante difícil, sobre todo al principio, debido principalmente a las dificultades para entenderme con los niños. Solo puedo hacerlo con dos que hablan un poco el español y con otro niño negro comprado en Mauritania, que sabe algo de francés. Hasta final de curso apenas pude conseguir que leyeran a trompicones sin comprender el sentido de lo leído, escribir al dictado con muchas faltas, multiplicar los mayores y hablar y comprender un poco el español.

Considero quizá más importante la labor educativa, en el sentido de urbanidad y buenas costumbres. El primer día, debido a que nunca habían visto una silla, se sentaban unos en el suelo y otros encima de las mesas con las piernas cruzadas. A la hora de comer, recuerdo que tenían judías, huevos fritos en tortilla con carne en conserva y piña, y no acertaban a manejar el cubierto, sino que desde el principio intentaban coger todos los alimentos con la mano tal como lo hacen en sus jaimas. Tenía que estar constantemente con ellos para enseñarles, lo cual tampoco resulta nada fácil, pues la mayoría no entienden nada de *españolía*.

Afortunadamente esta situación no dura mucho tiempo y pronto aprenden a sentarse correctamente en sus sillas y empiezan a comer utilizando los cubiertos como personas civilizadas, e incluso me dicen «buenos días» o «buenas tardes», «adiós» o «hasta mañana»..., aunque no siempre entienden lo que dicen.

Como en las demás escuelas del interior, la misión pedagógica se combinaba con la asistencial, por lo que toda escuela nómada alimentaba en su comedor a la población escolar y la dotaba de vestimenta y calzado (Braulio Cuenca, por iniciativa propia, al margen de la del Servicio de enseñanza, en vacaciones traía vestimenta que adquiriría en Alicante). A estas labores se añadía el velar por la salud del alumnado en combinación con el Servicio de Sanidad de la provincia y el médico o el practicante del “puesto” más próximo. De hecho, el maestro poseía un botiquín con el que debía atender también a población nómada. Este fue el caso de Cayo Hernández, que en Tenuaca tuvo que asistir a la mujer del *chej* Seila, Luja, que luego sería llevada a Bir Nazarán y más tarde al hospital de Villa Cisneros.

Asociado a este hecho recogí de boca de Braulio Cuenca un emotivo recuerdo por el que, en cierta ocasión, en los alrededores de Amgala (Escuela Nómada nº 2) él vio pasar un anciano con una joven y un niño muy enfermo, fue en busca del botiquín para poner una inyección al chiquillo, y a los pocos días, a pesar de su humildad, el anciano se presentó con un cabritillo para darle las gracias por haber salvado la vida del pequeño.

Además, del auxilio sanitario que hacían los maestros, Braulio Cuenca recuerda otras cuestiones, como el efecto extraordinario que hacía la penicilina a unos niños que no habían sido antes medicados, la mordedura letal de las *lefas* o *agnas* (pequeñas serpientes del desierto), el problema de la higiene de la cabeza en los niños y niñas, con abundante tiña alrededor de corte de pelo tribales (moños, crestas, coletas, etc.)

La alimentación del comedor escolar se fundamentaba en legumbres, arroz y cuscús, junto a la leche en polvo, que era diaria, en desayuno y comida.

El maestro de una escuela nómada dependía administrativamente del jefe militar del puesto más próximo; en el caso de la de Tenuaca, del de Bir Nazarán, donde había un teniente gubernativo o jefe de puesto, otro de Tropas Nómadas, un maestro, economato y dispensario médico.

Además, como el pozo de la *sebja* de Tenuaca, en la que moría el cauce seco del *uad*, se cegaba con facilidad, había que acudir de modo regular al de Bir Nazarán — Pozo del Cristiano—, que poseía un caudal considerable.

El eco de las Escuelas Nómadas

Seguramente, debido a la época en que fueron implementadas la Escuelas Nómadas y, también, debido a la inhibición ya explicada de sus antiguos maestros, su labor no ha trascendido.

Sin embargo, no es arriesgado afirmar, que desarrollaron aspectos pedagógicos que hoy nos parecen muy avanzados, como la inculturación, la interculturalidad y la didáctica activa en diálogo con el entorno.



La República Árabe Saharaui Democrática conserva en la actualidad el eco de las Escuelas Nómadas en la zona liberada, en los antiguos “puestos” de Tifariti, Berteresit, Mehris y Bir-Lehlu.

Dicho esto, si bien las escuelas nómadas formaron parte de los mecanismos de subsidiariedad y de la ayuda social española, Braulio Cuenca dice de ellas en el artículo que publicó en el periódico *Ya*, el 13 de septiembre de 1988, lo siguiente:

Sobre los resultados de este esfuerzo-aventura puedo asegurar personalmente que numerosos alumnos de las escuelas nómadas llegaron al BUP, y algunos, a la universidad.

Como se ha dicho al comienzo, ojalá algún protagonista —alumno o profesor— se anime a relatar aquellas experiencias pedagógicas y de vida.

Concluyo este artículo señalando que todos los fondos fotográficos que he recogido estos años para realizar *Tiza y arena*, así como este artículo, junto al pequeño documental de la Escuela Nómada nº 1, donde alumnos de Braulio, bailan la danza titulada *El Avestruz* han sido depositados en la Fototeca de la Diputación Provincial de Huesca, para provecho de investigadores.